

el laberinto de arena

Revista de filosofía

El hilo de la fábula

Identidades políticas en la coyuntura latinoamericana actual. Algunos aportes desde las perspectivas de Ernesto Laclau y Jacques Rancière.

María Virginia Quiroga¹
(UNRC-CONICET)

Introducción

Distintos autores e investigaciones recientes han sostenido la existencia de un cambio en el clima político e ideológico de la región latinoamericana de cara al siglo XXI². Se trata de la conformación de un nuevo mapa político que abarcaría desde la elección de Hugo Chávez en 1998, en Venezuela, y las posteriores asunciones de “Lula” Da Silva en Brasil (2002), Néstor Kirchner en Argentina (2003), Tabaré Vázquez en Uruguay (2005), Michelle Bachelet en Chile (2006), Evo Morales en Bolivia (2006), Rafael Correa en Ecuador (2006), Daniel Ortega en Nicaragua (2006), Fernando Lugo en Paraguay (2008); hasta la elección en El Salvador de Mauricio Funes (2009). Dentro de su diversidad, estos gobiernos manifestaron “la intención de reparar progresivamente el tejido social, recuperar el rol del Estado y favorecer la integración latinoamericana”³.

La primera parte de este trabajo, refiere a las diferentes lecturas e interpretaciones que afloran frente a este contexto. Para algunos analistas la clave de estudio debe recaer en los vínculos entre gobiernos y sistema de partidos; para otros, entre gobiernos y acción colectiva.

¹ Este texto retoma parte de la exposición desarrollada en el I Encuentro de Grupos de Estudios en Filosofías y Políticas latinoamericanas, 31 de Mayo de 2013, en la Universidad Nacional de Río Cuarto (UNRC).

² Ver por ejemplo:

- Boersner, Demetrio “Gobiernos de izquierda en América Latina: tendencias y experiencias”. En: *Nueva Sociedad*, nro. 197, Caracas, 2005.
- Laclau, Ernesto “La deriva populista y la centro izquierda latinoamericana”. En *Nueva Sociedad* nro. 205, Caracas, 2006.
- Paramio, Ludolfo “Giro a la izquierda y regreso del populismo”. En *Nueva Sociedad* nro.205, Caracas, 2006.
- Rojas Aravena, Francisco “El nuevo mapa político latinoamericano”. *Nueva Sociedad* nro.205, Caracas, 2006.
- Touraine, Alain “Entre Bachelet y Morales, ¿existe una izquierda en América Latina?” En *Nueva Sociedad*, nro.205, Caracas, 2006

³ Morel, Teresita y María Virginia Quiroga “A doscientos años de la emancipación latinoamericana. El escenario político actual: movimientos sociales y gobiernos progresistas”. En: Prado Díala y Pérez Zavala Carlos: *Bicentenario: memorias y proyección*. Editorial de la UNRC, Rio Cuarto, 2011 Pp. 379.

Encontramos perspectivas que polarizan entre dos izquierdas, una moderada y otra radical, y enfoques que señalan la necesidad de reparar en las especificidades de las distintas realidades nacionales. Finalmente, diversos autores coinciden en destacar la incorporación de los movimientos sociales a la gestión pública, pero se diferencian en la valoración de ese proceso, ya que para algunas voces conlleva al repliegue y pérdida de autonomía, y para otras, se trata de una fortaleza e instrumento democratizador.

En segundo lugar, se intenta argumentar la pertinencia de la teoría política postfundacional⁴ para dar cuenta de la constitución y redefinición de las identidades políticas en el contexto latinoamericano actual. Se presta especial atención a los enfoques de Jacques Rancière y de Ernesto Laclau. Estos postulados permiten analizar las consecuencias que genera el desplazamiento de una identidad que, desde los márgenes de un discurso hegemónico, logra irrumpir y dislocar las estructuras de significados vigentes. Asimismo, la noción gramsciana de articulación –retomada por Laclau y Mouffe⁵ muestra una importante productividad para analizar el vínculo entre colectivos organizados y gobiernos, en tanto se trata de una relación entre las identidades a partir de la cual ambas resultan modificadas.

Diversas miradas en torno al nuevo mapa socio-político regional

De cara al siglo XXI, el mapa político latinoamericana se caracterizaría por la consolidación de gobiernos que, más allá de sus diferencias y coyunturas particulares, coincidieron en la vocación de reparar progresivamente el tejido social, recuperar el rol del Estado, revertir las tendencias de una modernidad excluyente y favorecer la integración regional. Asimismo, se ha modificado el campo de la protesta social y la constitución de identidades populares. El actual realineamiento muestra, por un lado, sectores que reaccionan ante los cambios impulsados por los nuevos gobiernos, intentando preservar el *statu quo*; y por otro, sectores que buscan profundizar las medidas de los gobiernos.

⁴ Tanto las teorizaciones de Jacques Rancière como de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau -entre otros autores- podrían incluirse en el marco del “pensamiento político post fundacional”. Éste sostiene la imposibilidad de determinar un fundamento último de lo social; distinguiéndose del pensamiento antifundamentalista (ningún fundamento) y del fundamentalista (narrativa esencialista propia de la modernidad). Frente a ello el postfundamentalismo afirma la posibilidad de construir fundamentos relativos a sabiendas que todo fundamento será siempre precario y contingente, entendiendo a lo político como el momento de un fundar parcial y, en definitiva, siempre fallido. Ver: Marchart, Oliver: *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009.

⁵ “Llamaremos articulación a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica”. Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe: *Hegemonía y estrategia socialista*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004. Pp.142-143.

En miras a distinguir el amplio y diverso abanico de gobiernos a los que se alude, desde el análisis político se han intentado algunas clasificaciones, la mayoría atravesadas por una dicotomización entre la izquierda pragmática, sensata y moderada -Chile, Brasil, Uruguay-; y la demagógica, nacionalista y populista -principalmente Venezuela, Bolivia y Ecuador⁶. Frente a ello, autores como María Antonia Muñoz⁷ y Franklyn Ramírez Gallegos⁸ sostienen la necesidad de reparar en la complejidad y especificidad de las distintas realidades nacionales que conforman la América Latina.

A su vez, se argumentó la pertinencia de interpretar al nuevo mapa político latinoamericano en clave de “retorno del populismo”. No obstante, allí se presentaron diferencias en torno a los modos en que dicha noción puede ser entendida. Algunos autores buscaban definir la *verdadera* naturaleza del “nuevo populismo” a partir de una serie de características predeterminadas que enfatizaban en aspectos tales como el liderazgo carismático, la manipulación de las masas, el autoritarismo o centralismo, y el antiinstitucionalismo⁹. Otros autores¹⁰ adoptaron una perspectiva no esencialista ni peyorativa del término, adhiriendo a la interpretación laclauiana del populismo como una forma o lógica particular de construir lo político basada sobre la constitución discursiva de un pueblo¹¹.

Por su parte, Antonia Muñoz señala que sería interesante buscar también otro tipo de criterios para pensar el cambio político en el subcontinente, “más allá de la relación con el régimen político o las debilidades y fortalezas institucionales”¹². Entre estos tópicos, creemos que la articulación gobiernos-movimientos sociales adquiere destacada centralidad. Para los primeros está en juego el apoyo popular, la legitimidad de sus actos y el alcance de sus propuestas de inclusión. Para las experiencias de movilización social se trata del dilema de cómo preservar la

⁶ Castañeda, Jorge “Latin America’s Left Turn”. En: *Foreign Affairs*, nro. 85, Mayo, 2006.

Petkoff, Teodoro “Las dos izquierdas”. En: *Nueva Sociedad* nro. 197, Caracas, 2005.

⁷ Muñoz, María Antonia “Debates sobre la caracterización del giro a la izquierda en América Latina”. En: Pérez Germán, Oscar Aelo y Gustavo Salerno *Todo aquel fulgor. La política argentina después del neoliberalismo*, Nueva Trilce, Buenos Aires, 2011.

⁸ Ramírez Gallegos, Franklin "Mucho más que dos izquierdas". En: *Nueva Sociedad* nro. 205, Caracas, 2006.

⁹ Castañeda, Op. Cit; Paramio, Op. Cit.

Lanzaro, Jorge *La tercera ola de las izquierdas latinoamericanas: entre el populismo y la social-democracia*. Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, 2007.

¹⁰ - Laclau, Op. Cit.

- Panizza, Francisco “Fisuras entre Populismo y Democracia en América Latina”. En *Stockholm Review of Latin American Studies*, Issue No. 3, December, 2008.

- Retamozo, Martín “Democracias y populismos en América del Sur: Otra perspectiva. Un comentario a «La democracia en América Latina: la alternativa entre populismo y democracia deliberativa» de Osvaldo Guariglia”. En *ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política* N. 47, julio-diciembre, 2012.

¹¹ Laclau, Ernesto *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

¹² Muñoz, Op. Cit, Pp. 45.

autonomía cuando los gobiernos parecen avanzar cada vez más sobre ellos; y, a su vez, cómo lograr que esa autonomía no se transforme en creciente repliegue y aislamiento.

El objetivo de analizar prácticas articulatorias entre gobiernos y movimientos sociales implica tomar distancia de dos líneas de interpretación clásicas sobre el tema. En primer término, nos alejamos de aquellos planteos que exacerbaban la plena autonomía de la organización popular; ya sea a través de la idea de un “gobierno de los movimientos sociales”, como sosteniendo su absoluta independencia de las reglas del juego electoral¹³. En segunda instancia, se efectúa la distinción con aquellas posturas que, por el contrario, anulan dicha autonomía señalando que la integración o afinidad de diversos colectivos organizados con los gobiernos se resume en la idea de cooptación. Desde este marco se analizaron las estrategias empleadas por los nuevos gobiernos latinoamericanos para contener la activa movilización social¹⁴. Dichas estrategias abarcarián mecanismos más sutiles que la represión directa del conflicto social y evidenciarían la persistencia de cierta matriz clientelar que pondría de manifiesto la “debilidad” de los sectores populares.¹⁵

Desde nuestro punto de vista, la frontera autonomía/heteronomía no resulta fácilmente identificable. Así, “la autonomía no tendría un sentido político en tanto topología a ser defendida o mantenida por determinadas posiciones, sino una iniciativa de acción dentro de una correlación de fuerzas en el marco de la cual se constituyen los sujetos políticos”¹⁶. En suma, argumentamos la insuficiencia de un análisis centrado exclusivamente en el voluntarismo de los gobiernos nacionales, como así también en la infinita capacidad de preservar la autonomía por parte de las organizaciones del campo popular. Avanzaremos sobre estas cuestiones en el apartado siguiente. Finalmente, interesa señalar que, en el marco del amplio abanico de los nuevos gobiernos regionales, destacan las experiencias políticas recientes de Venezuela, Ecuador y Bolivia porque

¹³ Hardt, Michael y Antonio Negri. *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Sudamericana, Buenos Aires, 2004. Holloway, John *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Universidad Autónoma de Puebla/Herramienta, Buenos Aires, 2002

¹⁴ Borón, Atilio “Identidad, subjetividad y representación” En: Villanueva Ernesto y Massetti Astor: *Movimientos sociales en la Argentina de hoy*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.

Battistini, Osvaldo “Luchas sociales en crisis y estabilidad”. En: Villanueva Ernesto y Massetti Astor: *Movimientos sociales en la Argentina de hoy*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.

Svampa, Maristella. *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Siglo XXI y CLACSO, Buenos Aires, 2008.

¹⁵ Señalamos estas posturas de modo no exhaustivo, es decir sin adentrarnos en las particularidades y diferenciaciones de los planteos de los diversos autores. Asimismo, citamos sólo algunos ejemplos de trabajos referidos a la movilización social y sus vínculos con el Estado y los gobiernos, sin desconocer la existencia de un vasto campo de análisis al respecto -con algunos aciertos y falencias- pero que se distancia de la postura que asumimos en esta investigación.

¹⁶ Quiroga María Virginia y Barros Sebastián: “De las Prácticas Articulatorias entre Movilización Social y Gobiernos. Notas sobre las Experiencias de Argentina y Bolivia en el Siglo XXI”. En: Tejerina, Benjamín & Ignacia Perugorría (eds.), *Global Movements, National Grievances. Mobilizing for ‘Real Democracy’ and Social Justice*, Bilbao, 2012. Pp. 484.

asumieron el desafío de repensar las nacionalidades que componen sus respectivos Estados y pretendieron que esa diversidad se expresara en las instituciones de gobierno. Varias de las iniciativas de estas nuevas gestiones apuntaron a profundizar y expandir los mecanismos democráticos, como por ejemplo la elaboración de los textos constitucionales a través de asambleas constituyentes, la aprobación de los mismos por vía de referéndums, la realización de los revocatorios de mandatos; luego también la aplicación de políticas redistributivas tendientes a la mejora de la calidad de vida de los sectores más desfavorecidos, y la búsqueda para ampliar el alcance de estas medidas.

Más allá de las especificidades de cada contexto y de cada coyuntura histórico-política, se destaca la consecución de un nuevo marco jurídico y político que -no exento de tensiones- aspira a incluir a aquellos actores, comunidades y espacios marginados del contrato social moderno. Es en ese sentido que podría reconocerse un lenguaje igualitario de derechos; es decir, los procesos de asamblea constituyente y de redacción de textos constitucionales presuponen la igualdad como punto de partida, “el principio de que todas las inteligencias son iguales”¹⁷ Las nociones de igualdad y diferencia se mostrarian, entonces, como complementarias. En primer lugar porque se exige el reconocimiento de las diferencias, a la vez que se reivindica un trato igualitario para las mismas. En segundo lugar, porque la igualdad aparece como una capacidad presupuesta pero sólo se materializa a partir de la aceptación y visibilización de las diferencias reales existentes entre los sujetos.

Algunas claves interpretativas desde los enfoques de Laclau y Rancière

La consolidación de los nuevos gobiernos regionales, con agendas que los distancian de las políticas neoliberales que caracterizaron a la década de 1990, repercutió en el realineamiento de los movimientos y organizaciones sociales. El clima de cambios también se hizo extensivo a los regímenes comunicativos, los criterios para impartir justicia, las modas y consumos culturales; a la vez, que planteó la necesidad de redefinir los marcos analíticos desde los cuales pueden analizarse los proyectos latinoamericanos del contexto reciente. Desde esa óptica, el presente artículo argumenta la necesidad de miradas capaces de reparar en actores permeados por conflictos y tensiones dando cuenta de un proceso de articulación política en un contexto histórico específico. En primer lugar, las categorías y teorías que intenten dar cuenta de los procesos político-sociales de la coyuntura latinoamericana actual, deben partir de un reconocimiento del conflicto como constitutivo de las identidades y relaciones sociales. En la región no hubo colonización en el marco

¹⁷ Rancière, Jacques. *El maestro ignorante*, Laertes, Barcelona, 2003. Pp.56.

del consenso, no hubo construcción republicana armoniosa, no hubo profundización neoliberal sin exclusiones, ni en el presente hay gobiernos “progresistas” que no cuenten con amigos y enemigos. Ello revela las limitaciones de considerar a la comunidad política como una esfera pública inclusiva y plena de ciudadanía democrática; por el contrario, la misma es producto de múltiples exclusiones y relaciones de poder. Se ratifica entonces que, en tanto comunidad de los iguales, la comunidad no existiría porque no todos son considerados como capaces de hablar y ser escuchados¹⁸.

Esta primera cuestión otorga un lugar central a la noción de antagonismo. El alejamiento de una visión objetiva de lo social, conlleva al entendimiento de que las identidades no serían absolutas ni totalmente suturadas, sino expuestas a los distintos conflictos sociales. Es a partir de su negación que tienen posibilidad de existencia, se definen en la alteridad y la oposición. Un buen ejemplo de la centralidad del antagonismo se encuentra en el auge y accionar conjunto de los movimientos sociales para resistir al modelo neoliberal en América Latina de fines del siglo XX. El neoliberalismo se constituía como lo “otro” ante lo que había que reaccionar, puesto que con su profundización se agravaban las consecuencias negativas. Se priorizó el antagonismo con dicho proyecto político-económico antes que las reivindicaciones particulares de los actores colectivos. En estos términos se podría hacer una lectura de la confluencia de múltiples protestas, como los piquetes y los cacerolazos, protagonizados por diferentes sectores con demandas diversas durante los sucesos de diciembre de 2001 en Argentina.

La dimensión antagonística resulta clave para analizar la constitución de las identidades políticas, aunque paralelamente debe considerarse la construcción de solidaridades entre las demandas diversas pero comúnmente insatisfechas. En esta línea de análisis, la noción de identidad política alude a la fijación parcial de una configuración discursiva resultante de una práctica articulatoria de sentido¹⁹. Este proceso implica la construcción de solidaridades o equivalencias entre diferentes demandas en torno a un significante común y, a la vez, el trazado de fronteras políticas con los adversarios en el marco de un contexto relativamente estructurado. Otro ejemplo de la mencionada articulación de demandas diversas y del trazado de fronteras políticas, se encuentra en el caso de Bolivia. Las reivindicaciones de los pueblos originarios por respeto a sus derechos tras siglos de olvido se enlazaron con la defensa de los recursos naturales frente a las malas administraciones locales y la injerencia del capital extranjero. De esta manera, se unificaron las luchas por la defensa de la hoja de coca, el agua, el gas, la tierra; y las mismas pasaron a representar la lucha por la dignidad nacional. Vale destacar, además, el ejemplo del

¹⁸ Ranciere, Jacques *El desacuerdo. Política y Filosofía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1996. Pp. 44-45.

¹⁹ Laclau, Ernesto *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.

chavismo que triunfó en las elecciones de 1998, oponiéndose férreamente al sistema de democracia pactada imperante en Venezuela desde la firma del Pacto del Punto Fijo (1958). La sociedad civil reaccionaba ante un sistema cerrado que se basaba en la alternancia de dos grandes partidos que fijaban las reglas del juego político y económico, excluyendo a las amplias mayorías. En segundo lugar, el momento político adquiere un rol clave, el cual debe hacerse explícito en los estudios e interpretaciones sobre el contexto latinoamericano reciente. Es decir, tal como se refirió antes, lo social como realidad objetiva y acabada no existiría; pero sí como un sistema de relaciones sedimentadas donde las huellas del acto de afirmación hegemónica están presentes. De este modo, en algún punto la sedimentación de lo social remite a esa dimensión política originaria, a esos mecanismos de poder que hicieron posible su afianzamiento. En consecuencia, podríamos hablar de la prioridad de lo político sobre lo social²⁰, en tanto se constituye como el momento de institución de lo social.

En vinculación con las apreciaciones precedentes, pensar la constitución y redefinición de las identidades políticas en América Latina implica considerar también a aquellos actores que resisten la exclusión, que se rebelan ante el orden de sentidos dominante y son capaces de dislocar las lógicas sociales sedimentadas: levantamientos indígenas, luchas independentistas, sindicatos clásicos y alternativos, movimientos sociales, acciones de protesta, nuevos gobiernos. Estas grietas confirman el momento clave de lo político. Justamente en aquel desplazamiento, de sujetos que reniegan de su lugar social legítimo, reside la especificidad de la política. En palabras de Rancière, una parte de la comunidad -que no estaba autorizada a hablar- usurpa la palabra para demostrar que se la han negado. Es decir, “la actividad política es la que desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; hace ver lo que no tenía razón para ser visto, hace escuchar un discurso allí donde sólo el ruido tenía lugar”²¹.

En tercera instancia, las nociones de articulación y hegemonía resultan claves para entender la constitución de identidades políticas y la vinculación entre movimientos sociales y gobiernos, en tanto dichos procesos no se establecen de modo prefijado o predeterminado, ni permanecen de una vez y para siempre, sino que responden a prácticas articulatorias específicas. En la definición dada por Laclau y Mouffe –en su obra *Hegemonía y Estrategia Socialista*– la hegemonía es una relación de tipo político que es dominada por la noción de articulación. Esto tiene dos consecuencias importantes. Por un lado, esto significa que una práctica articulatoria establece una relación entre los

²⁰ Tras la reducción de lo político a un sector regional de la sociedad y tras su absorción por parte de lo social, debemos ahora desplazarnos en dirección opuesta: hacia una creciente comprensión del carácter eminentemente político de cualquier identidad social. Ibidem.

²¹ Rancière, Op Cit. Pp. 45

elementos de modo que su identidad se modificará como resultado de la articulación. Este carácter relacional significa que no hay identidades capaces de ser reducidas a su presunta posición de clase, a su lugar institucional o a un dispositivo de enunciación. Las identidades se constituyen siempre en relación a una otredad. Por el otro lado, como resultado de la articulación uno de los elementos de la relación podrá empezar a trabajar como “la superficie de inscripción” de otras demandas sociales. Esto es precisamente lo que supone una práctica hegemónica: una demanda social particular que transforma su contenido particular en la fijación parcial de sentido alrededor del cual se articulan otras demandas sociales.

El hecho de que una demanda adquiera una extensión mayor y pase a simbolizar algo que va más allá de estas demandas, resultará clave a la hora de analizar los procesos y proyectos políticos- sociales en América Latina. En torno a ellos se construye una equivalencia de demandas alrededor de un significante común que sobredetermina el campo de demandas que reúne, y se trazan fronteras con aquellos identificados como responsables o cómplices de la cesura para algunos grupos y sujetos de su capacidad para hablar y ser escuchados. Así, por ejemplo, el caso de Bolivia que mencionábamos antes, las demandas particulares lograron representar más que la cuestión étnica y se articularon en discursos más amplios capaces de atravesar a múltiples sujetos y antagonismos. Esta situación podría resumirse en el slogan de campaña del Movimiento Al Socialismo (MAS) que interpelaba a votar por nosotros mismos: “*Somos pueblo, somos MAS*”. Es decir, el proceso expansivo de la articulación equivalencial de las identidades que amalgamaba el MAS ya no remitiría a un sujeto particularmente identificado como campesino o indígena, sino en tanto sujeto excluido que representaba al “pueblo boliviano”.

Asimismo, la recurrencia a la noción de articulación para pensar el vínculo entre movimientos sociales y gobiernos, complejiza la dicotomía interior-exterior; cuestionando la separación tajante entre aquello que podríamos identificar como el afuera de las organizaciones sociales y las características que configurarían su interior. El mismo Ernesto Laclau aclara que “la oposición pura interior-exterior presupondría una frontera inmóvil, hipótesis que hemos rechazado como descripción de cualquier proceso real”²². En un sentido similar Martín Cortés²³ argumenta que la relación entre el Estado y un movimiento social (o, en última instancia, cualquier actor que lo interpele) no debe concebirse en términos de exterioridad, sino como partes integrantes de la política como escenario de conflicto que se constituyen y transforman allí.

²² Laclau, Ernesto *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005. Pp. 192.

²³ Cortés, Martín. *Movimientos sociales y Estado en el “kirchnerismo”*. Tradición, autonomía y conflicto ponencia presentada en el Primer Congreso Nacional Sobre Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales. Buenos Aires, 30 y 31 de Marzo de 2009.

En quinto lugar, las investigaciones sobre las identidades y proyectos políticos en América Latina deben tomar en cuenta su condición diversa, heterogénea, múltiple. En relación a esta apreciación resulta pertinente recordar la categoría de abigarramiento social, de René Zavaleta Mercado, para caracterizar a los países latinoamericanos, y más concretamente a Bolivia. Para el mencionado autor, en vastas sociedades latinoamericanas, se superponen -sin confluencia alguna- mundos, culturas, memorias, temporalidades e historias diversas. En esta línea no habría una esencia identitaria única ni rígida; sino identidades que se contaminan mutuamente y con un contexto que las modifica y resulta modificado. Reparar en el dinamismo de los procesos identitarios implica prestar atención a la articulación que se va sucediendo entre las distintas identificaciones posibles; las mismas se van solapando y contaminando mutuamente y de forma bastante dispersa.

Por último, los estudios sobre la coyuntura latinoamericana deben dar cuenta de la constitución y redefinición de las identidades en articulación con un contexto específico. Ese contexto tiene tal incidencia, que no opera solamente como el paño en el que se desenvuelven los modos de identificación, sino que limita estructuralmente las posibilidades identificatorias²⁴. A su vez, las identidades se desplazan y admiten redefiniciones, provocando también cambios en el contexto. Es por ello que resulta necesario reparar tanto en los factores contextuales (“externos”) como en las características particulares de cada gobierno u organización social (“internas”). Las condiciones del entorno no son absolutamente externas a los actores, ni éstos pueden dar cuenta de las mismas en forma mecánica.

Conclusiones

El presente texto reafirma que las categorías de análisis no pueden concebirse como moldes universales ni estancos, en tanto los actores sociales y políticos adquieren carácter específico y dinámico. Por ello, se requiere de una mirada larga y flexible, capaz de identificar continuidades y rupturas, y de tomar en cuenta las tensiones entre actores, procesos y estructura. De esta manera, los enfoques de la ciencia política dispuestos a dar cuenta de los nuevos proyectos políticos y sociales en América Latina, deberían comenzar por reconocer su complejidad y contingencia. Luego, deberían colocarse a la altura de procesos en curso, que demandan no sólo posicionamientos teóricos sino también respuestas que se traduzcan en políticas públicas inclusivas y democratizadoras.

²⁴ Barros, Sebastián “Identidades populares y relación pedagógica. Una aproximación a sus similaridades estructurales”. En: *Propuesta Educativa*, nro. 34, año 19. FLACSO, Buenos Aires, 2010.

Los aportes de la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe -en complemento con algunos postulados de Jacques Rancière- plantean la aceptación de la inexistencia de un espacio completamente suturado y de una representabilidad plena. Los campos identitarios se estabilizan a fuerza del trazado de antagonismos; por lo que se enfatiza, entonces, el carácter necesariamente disputado, redefinible, mediado y posiblemente reinventable, de todo fenómeno social y político. De allí que no hay situaciones naturales, actores prefijados ni discursos instaurados de una vez y para siempre.

En suma, este artículo no ha pretendido encontrar certezas absolutas ni verdades únicas; sino que ha intentado brindar algunas claves analíticas pertinentes para reconstruir parte del devenir de los procesos políticos y sociales en América Latina contemporánea. En esa línea marcamos reconfiguraciones en el mapa de gobiernos de la región; como así también, el realineamiento de los colectivos organizados. En ambas situaciones encontramos puntos de acercamiento y de distanciamiento entre los diversos contextos espaciales involucrados. Aunque, en definitiva, el trayecto de cada proceso responde a prácticas articulatorias específicas en un escenario relativamente estructurado.

Finalmente, emergen desafíos comunes que atañen no sólo a los gobiernos sino también a la sociedad movilizada. La clave está en preservar el equilibrio entre gobiernos que trabajen en pos de la inclusión y la profundización democrática, y colectivos organizados con carácter plural, participativo y dispuestos a involucrarse en el desarrollo de formas alternativas de organización social, cultural, económica y política.